

## *Hernán Cortés: La fe, aspecto fundamental en la empresa de conquista y pacificación*

RAÚL MARTÍN BERRIO  
*Universidad Complutense de Madrid*

Cortés acostumbraba decir de él: «no tengo otro pensamiento que el de servir a Dios y al Rey». Es un hombre de su época, con la fe metida en lo más hondo de su espíritu, condicionando su existencia, dando razón de ser a su comportamiento, hasta tal punto, que sin ella, éste no se comprende ni se justifica.

Bernal Díaz manifiesta: «rezaba por las mañanas unas Horas», «e oía misa con devoción». Su fe, una y verdadera, le inducía a incorporar a la Iglesia a aquellos seres ignorantes y extraños a sus creencias, pero también le llevaba a hacer la guerra contra los que después de habérsela dado a conocer, la rechazaban negándose a la conversión, convirtiéndose inmediatamente en enemigos de Dios y de la Iglesia.

Y así, con esta mentalidad, su vida y su obra transcurrían en un espacio físico, donde la lucha entre las fuerzas del bien y del mal era especialmente enconada, difícil y cruenta. Su presencia arbitrará y conformará a través de secuencias únicas las diversas actitudes que en ella se dan, y que no son otras que los homicidios, las sodomías, la mentira, el odio, la brutalidad, la angustia colectiva e individual y la desesperación infinita mezclada con la pasividad y la resignación, de la que el indio es un ejemplo viviente. Este indio situado entre Huitzilopochtli y Quetzalcóatl, y de cuya influencia, terrible, es liberado por Cortés, no sólo no lo recordará con gratitud, sino que hábilmente men-

talizado cae en el odio a su memoria. De esta manera la verdad sobre el conquistador con frecuencia ha sido tergiversada y confundida por las personas que le deben, al menos, hasta la misma posibilidad de poder manifestarse libremente en su contra.

Cortés tiene derecho a reclamar para sí la dignidad pública de bienhechor de los indios, a los que amorosamente tuteló y amparó, según se deduce del testimonio de fray Toribio de Benavente, que dice:

«Siempre aquel capitán, después de haber dado a los indios noticias de Dios, les decía que lo tuviesen por amigo, como a mensajero de un gran Rey y en cuyo nombre venía, y que de su parte les prometía serán amados y bien tratados, porque era grande amigo del Dios que les predicaba: ¿quién así amó y defendió a los indios en este nuevo mundo como Cortés? Amonestaba y rogaba mucho a sus compañeros que no tocasen a los indios ni a sus cosas, y estando toda la tierra llena de maizales apenas había español que osase coger una mazorca; y porque un español llamado Juan Polanco cerca del puerto entró en una casa de un indio y tomó cierta ropa, le mandó dar cien azotes, y a otro llamado Mora porque tomó una gallina a indios de paz le mandó ahorcar, y si Pedro de Alvarado no le cortase la soga allí quedara y acabara su vida: dos negros suyos que no tenían cosa de más valor, porque tomaron a unos indios dos mantas y una gallina los mandó ahorcar; otro español porque desgajó un árbol de fruta y los indios se lo quejaron, lo mandó afrentar; no quería que nadie tocase a los indios ni los cargase, sopena de cada cuarenta pesos; y el día que yo desembarqué viniendo del puerto para Medellín cerca de donde agora está la Veracruz, como viniésemos por un arenal y en tierra caliente, y el sol que ardía, había hasta el pueblo tres leguas, rogué, a un español que consigo llevaba dos indios, que el uno me llevase el manto, y no lo osó hacer afirmando que le llevaría cuarenta pesos de pena...»<sup>1</sup>.

Los indios supieron corresponder en los justos términos y no faltaron nunca las muestras de interés y cariño hacia su persona, salidas naturalmente, sin presión, y que en algún momento compensaron la envidia y la enemistad con que otros españoles le trataban. En 1530, cuando Cortés regresó a México, la Audiencia que mantenía una actitud contraria hacia él, prohibió que le fuesen a visitar a Texcoco, donde residía, y donde pasó privaciones a causa de que durante su ausencia le habían despojado de lo suyo. El mismo Cortés, en carta al Emperador, de fecha 10 de octubre de 1530, escribe: «me han dejado sin tener donde haya una anega de pan ni otra cosa de que me mantenga; y demás desto porque los naturales de la tierra, con el amor que siempre

<sup>1</sup> Motolinía, *Carta al Emperador Carlos V*, p. 314

me han tenido vista mi necesidad e que yo y los que conmigo traía nos moriamos de hambre... me venian a ver y me proveian de algunas cosas de bastimento»<sup>2</sup>.

No debemos sentir la menor extrañeza ante el calor humano y material que recibe de los indígenas, pero sí debe ser apreciada su actitud posterior, tan diferente de la inicial, y en la que el odio fomentado por conveniencias, interesados y manipuladores han prendido en ellos. ¿Se generó este odio en la matanza de Cholula? o ¿en el martirio y muerte de Cuauhtémoc? Veamos lo que opina Prescott de ello: «en general la invasión, hasta la toma de la capital, fue ejecutada bajo principios menos ofensivos a la humanidad que los que se observan en la mayor parte, y tal vez en todas las conquistas», y añade, «no exterminaron una población pacífica y sumisa por el solo placer de la crueldad; su espada rara vez se manchó con sangre, sino cuando fue indispensable para el éxito de la empresa»<sup>3</sup>. Difícilmente podemos establecer su correspondencia con el contenido de estos párrafos.

Cortés es esencialmente el libertador del indio a través de la fe como instrumento redentor y salvador y que confiere al indio la dignidad de persona. Esta idea no debemos abandonar-la para no perder su imagen intrínseca.

¿Cómo es y cómo vive el indio que él encuentra? «Y diré como hallamos en este pueblo de Tlascalca casa de madera hechas de redes, y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcclados e a cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; las cuales cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban de ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escaparon las vidas; y dende en adelante en todos los pueblos que entráramos lo primero que mandaba nuestro capitán era quebralles las tales cárceles y echar fuera a los prisioneros, y comúnmente en todas estas tierras las tenían; y como Cortés y todos nosotros vimos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlascalca, y se lo riñó bien enojado, y prometieron desde allí adelante que no matarian ni comerian de aquella manera mas indios»<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Citada por Alamán, Lucas, Primera disertación.

<sup>3</sup> Prescott, William H., *Historia de la Conquista de México*.

<sup>4</sup> Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. 7.

Por lo tanto, no hay por qué extrañarse ante el hecho de que el mexicano, liberado del sacrificio al que genéricamente estaba destinado, reaccionase con agradecimiento y amor. En esta etapa de su vida, Cortés es, además de un símbolo esperanzador, la figura, el ser tradicionalmente esperado para con él llegar a la redención del mal y a la práctica de una justicia desconocida. Llegaba, según le dice al cacique de Cempoala, a «desfacer agravios, favorece, a los presos, castigar a los mezquinos y quitar tiranías»<sup>5</sup>. Y así lo hizo, cual si se tratara de un don Alonso Quijano cualquiera.

Comenzó por destruir su sanguinaria idolatría con lo que sustituyó el miedo por la esperanza y por la paz, emanadas de la Cruz que sobre los templos profanos e impíos ordena situar, adorar y respetar, y así, de templo en templo, de cruz en cruz, la empresa de Cortés se asemeja a una trascendental cruzada.

«Yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa. Callo cuán agradable será a Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia cuanto el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria»<sup>6</sup>.

En la mente de aquellos castellanos la guerra hecha contra los infieles se planteaba como santa al igual que la que durante setecientos años habían desarrollado en la Península Ibérica en pos de la unidad nacional. Y era justa y buena porque estaba de «acuerdo con la opinión uniforme y general en todas las naciones de Europa en aquel tiempo, no sólo acerca de la licitud, sino aún de la obligación que las naciones cristianas tenían de hacer la guerra a los infieles y el derecho que ésta les daba para apoderarse de sus despojos»<sup>7</sup>.

Y además esta guerra se iba a hacer contra unos infieles que asesinaban, aunque el origen de la palabra resulte escandaloso,

<sup>5</sup> Gómara, Francisco López de, *Historia de la conquista de México*, capítulo 33.

<sup>6</sup> Gómara, Francisco López de, *Historia de la conquista de México*, capítulo 9.

<sup>7</sup> Alamán, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*, Disertación primera.

a miles de hombres ante los pies de sus ídolos «para solenizar sus fiestas y honrrar sus templos andaban por muchas partes haciendo guerra y salteando hombres para sacrificar a los demonios y ofrecer corazones y sangre humana; por la cual causa padecían muchos inocentes, y no parecé ser pequeña causa de hacer guerra a los que así oprimen y matan los inocentes; y éstos con gemidos y clamores clamaban a Dios y a los hombres ser socorridos, pues padecían muerte tan injustamente, y esto es una de las causas, como V. M. sabe, por la cual se puede hacer guerra»<sup>8</sup>.

Hagamos una primera aproximación a la realidad. Una mañana en Cozumel, donde abundaban los ídolos en un oratorio, los españoles guiados por la curiosidad asisten a una ceremonia religiosa indígena, oyen en silencio la palabra de un sacerdote indio, cubierto con mantos de algodón, y con los cabellos largos y enmarañados, compactos gracias a la sangre reseca de sus víctimas, que en ellos había. Cortés por medio de Melchor, el intérprete de esta ocasión, les dice en tono de advertencia a los indios que «si habian de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos ídolos que eran muy malos y les hacian errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarian al infierno sus animales y se les dió a entender otras cosas santas y buenas y que pusiesen una imagen de Nuestra Señora que les dió y una cruz y que siempre serian ayudados y ternian buenas sementeras y se salvarian sus ánimas. Los indios no se atrevían por miedo a sus dioses y desafiaron a los españoles a que se atreviesen ellos, con lo que pronto verian como los dioses les harian perderse en el mar. Cortés mandó entonces despedazar a los ídolos y echarlos a rodar gradas abajo; hizo limpiar y purificar el templo, lavar las espesas capas de sangre seca que cubrian los muros y blanquear todo y después hizo edificar un altar sobre el que puso a la Virgen adornada con ramos y flores: y todos los indios estaban mirando con atención»<sup>9</sup>.

El capellán y cronista López de Gómara habla de este pasaje y dice: «tanta devoción tomaron los naturales con la imagen

---

<sup>8</sup> Motolinía, Carta al Emperador Carlos V fechada en Tlaxcala el 2 de enero de 1555.

<sup>9</sup> Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. 2.

de Nuestra Señora Santa María, que salían después con Ella a los navios españoles que tocaban en la isla, diciendo Cortés, Cortés, y cantando María, María»<sup>10</sup>.

Aparentemente, la escena nos muestra un simple cambio de unos signos religiosos por otros de distinto cariz, nada más, pero el simbolismo que encierra es mucho más profundo. Este episodio recoge el primer momento en que Cortés, destruyendo los viejos ídolos, crea un vacío, prontamente ocupado por la imagen de la Virgen con el Niño, con lo que la nueva fe, connotada con la ternura y la debilidad, con la esperanza y la abnegación, se sitúa en el espíritu del indio en lugar de sus ancestrales dioses, sangrientos y espantosos.

En este acto Cortés se nos muestra en posesión de una fe ingenua y sencilla a impulsos de la cual actúa. Esta escena le mitifica y le convierte en una figura heroica, rodeada de leyendas, que le apartan de la realidad estricta, que en este caso consistió fundamentalmente en elevar a los indígenas de sus sórdidos ritos caníbales al nivel elevado del ritual cristiano. Y no lo aceptaron mal ya que en una ocasión posterior y con motivo del inesperado regreso de la Armada a aquellos lugares para reparar averías encontraron «la imagen de Nuestra Señora y la Cruz muy limpias y puesto incienso», y agrega Díaz del Castillo: «Dello nos alegramos»<sup>11</sup>.

Siempre que entraba en contacto con los indios, lo primero que hacía era pedirles que abandonasen los sacrificios humanos. Así, por ejemplo, en Tabasco, después de reñir batalla, reúne a caciques y papas, y les manda que dejen sus ídolos y sacrificios y les pone en relación con los misterios de la fe cristiana.

Lo que en un principio se le muestra como una realidad extraña y sorprendente, en cuanto inicia el camino desde La Villa Rica de la Veracruz hacia Puebla, se le transforma en un amplio campo de acción, a la vez que urgente y necesario. Y son las propias vivencias personales o referidas por sus capitanes las que le conducen a ello.

Pedro de Alvarado, al regreso de una exploración, le dice que «halló sacrificados en unos cúes hombres y muchachos; y las paredes y altares de sus ídolos con sangre, y los corazones

---

<sup>10</sup> Gómara, *Historia de la conquista de México*, cap. 22.

<sup>11</sup> Díaz del Castillo, Bernal, cap. XXVIII, vol. I, p. 77.

presentados a los ídolos; y también hallaron las piedras sobre las que los sacrificaban, y los cuchillos de pedernal con que los abrían los pechos. Dijo el Pedro de Alvarado que habían hallado todos los mas de aquellos cuerpos sin brazos y sin piernas. E que dijeron otros indios que 'los habían llevado para comer, de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades»<sup>12</sup>.

Y empieza a actuar para remediar esta situación. En Cempoala manda reunir a los caciques, papas e indios en general, y personalmente pasa a exponerlos los contenidos esenciales de la fe al mismo tiempo que les recrimina su comportamiento religioso; les pide que dejen sus sacrificios humanos, los robos, los comportamientos contra natura, y lo hizo con tal calor y amor, que según narra Díaz del Castillo, que son estos mismos indios los que se convirtieron en propagadores inmediatos de sus palabras en otras comunidades de indios próximos.

Pero no fue tan fácil y completa la conversión. En la misma Cempoala grupos de indios fieles a sus tradiciones continuaban sacrificando diariamente algunos semejantes, ofreciendo sus corazones a los ídolos, cortando sus brazos y piernas, los cuales «comian como vaca que se trae de las carnicerías»<sup>13</sup>.

Cortés, tenaz y en la plenitud del sentido de su misión, insiste. Los indios rechazan su petición alegando que sus dioses les daban salud y buenas sementeras y que por ello los seguirían venerando. Ante esta respuesta, y dirigiéndose a sus soldados, les dice: ¿Cómo podemos hacer ninguna cosa buena si no velamos por la honra de Dios y quitamos estos crueles sacrificios? Aun a costa de nuestra vida, hemos de echar al suelo estos ídolos, y estad apercebidos por si viniesen a defenderlos.

Ordena a sus soldados que procedan al cumplimiento de sus órdenes, al mismo tiempo que los principales indios, muy alborotados y sañudos, le decían a Cortés que si abatía sus ídolos, él y todos perecerían. Cortés, airado, les responde que ya con anterioridad les había prevenido y dicho que no debían sacrificar hombres a aquellas malas figuras que los traían engañados, añadiendo que ya no los tenía por amigos, sino por enemi-

---

<sup>12</sup> B. Díaz del Castillo, cap. 44.

<sup>13</sup> *Ibid.*, cap. 51.

gos mortales, pues que les daba un buen consejo y no querían seguirlo.

Tales debieron ser las muestras de enojo de Cortés, que los caciques cambiaron de parecer, diciéndole que ellos no eran dignos de tocarlos, y que si quería ordenar a sus soldados que los derrocasen, que lo hiciese; y así sucedió. Cincuenta soldados subieron al templo y derribaron las imágenes, que «venían rodando hechas pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombres y de perros grandes y de malas semejanzas, y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les decían que les perdonasen y que no eran más en su mano ni tenían culpa, sino estos teúles que los derruecan, é que por temor a los mejicanos no nos daban guerra»<sup>14</sup>.

Pero el enojo de Cortés no finalizó con esto, y obligó a ocho papas, no a sus soldados, a que quemasen los restos fragmentados de sus ídolos. Mandó también lavar y enjabelgar las escaleras y paredes del templo cubiertas por costras de sangre y después hizo levantar sobre él un altar dedicado a la Virgen, encargando su cuidado a los sacerdotes, una vez trasquilados sus cabellos ensangrentados y sus ropas sustituidas por otras limpias.

Charles Braden, autor de un trabajo sobre los aspectos religiosos de la conquista de México, dice: «cualquier estudiante sabe algo acerca de Cortés como soldado y conquistador. La pasmosa hazaña de marchar con un puñado de hombres al corazón mismo de un vasto imperio indio, después de haber destruido sus naves para cortar toda posibilidad de retirada; la captura del propio emperador y su prisión en su propio palacio; la completa sujeción del imperio azteca al rey de España, todo esto en pocos meses han asegurado a Cortés para siempre un lugar entre las grandes figuras militares de la historia.

No es mucho, sin embargo, lo que se sabe acerca del Cortés apóstol de la fe cristiana, del hombre que plantó la Cristiandad en el continente americano»<sup>15</sup>.

Y al decir esto está dando las claves de Cortés, dejando a un lado sus aspectos castrenses y de estadista, que aun teniéndolos, son secundarios en su personalidad.

<sup>14</sup> *Ibid.*, cap. 51.

<sup>15</sup> Braden, Charles, *Religious Aspects of the Conquest of México*, 1976.

Es un cruzado, un abanderado de la fe. El mismo estaba poseído de la idea de que era un instrumento de Dios, para darlo a conocer a las naciones del Nuevo Mundo.

Cortés prosigue su camino, rebasa Puebla de los Angeles y llega a Tenochtitlan. Cautiva a Moctezuma y para prevenir un alzamiento le obliga a vivir cerca de él en el cuartel de los españoles, con los que se muestra amistoso y obediente, por lo menos en apariencia calculada. Esta sumisión se circunscribe a los asuntos de índole material, pero no a los que tienen un contenido espiritual; esto se refleja en el momento en que Moctezuma le pide permiso para visitar su templo, hacer sacrificios y cumplir sus devociones. Cortés se lo concede con la observación de que no debería sacrificar ninguna persona, e insiste una vez más, y ello ante la cúpula del mundo indígena, «que es gran pecado contra nuestro Dios verdadero». Moctezuma se obliga a cumplir lo pedido y en ricas andas va al templo, junto con los más representativos caciques, portando sus insignias reales. Cortés ordena que ciento cincuenta soldados, algunos capitanes y el padre Olmedo le acompañen y protejan en el gran Teocali. Numerosos sacerdotes le reciben y flanqueándole suben con él las gradas del templo. Penetró en el «cu de Huichilobos», donde tenían sacrificados cuatro indios desde la noche anterior.

Las circunstancias políticas, aires revueltos e inseguridad acusada, obligan a Cortés a disimular este acto de rebeldía para con su autoridad y esta afrente para su fe.

Pasado el momento de máxima tensión, y a los pocos días de ello, Cortés una mañana pasea acompañado de Andrés de Tapia y otros españoles, y como por casualidad llega hasta el lugar antes referido. Suben las gradas y acceden al sitio donde estaban situados los ídolos. Cortés calla y medita ante ellos, son «figuras de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores esculpidas»<sup>16</sup>. Tenían mucha sangre, «de gordor de dos o tres dedos»<sup>17</sup>. Entre tanto, advertidos, han llegado los sacerdotes dedicados a su culto, y a ellos les dice sin vacilar y con un aplomo que puede resultar irreal si se considera la escena y el momento en su conjunto: «Dios que hizo el cielo y la tierra os hizo a vosotros y a nosotros e a todos, e cría lo con que nos

---

<sup>16</sup> Cortés, Hernán, *Segunda Carta de Relación*.

<sup>17</sup> Tapia, Andrés de, *Relación hecha sobre la conquista de México*.

mantenemos, e si fuéramos buenos nos llevará al cielo, e si no, iremos al infierno, como mas largamente os diré quanto más nos entendamos; e yo quiero que aquí donde teneis estos ídolos esté la imagen de Dios y de su Madre bendita, e traed agua para lavar estas paredes, e quitaremos de aquí todo esto»<sup>18</sup>.

Su tono resulta imperativo, grandioso y realmente no deja lugar a dudas. Hay aquí, en esta actitud, un testimonio público de fe que trascenderá a un comportamiento resolutivo, cuando los sacerdotes rindiendo sus palabras le contestan: «No solamente esta ciudad, pero toda la tierra junta tienen a estos por sus dioses, y aquí está esto por Huichilobos, cuyos somos; e toda la gente no tiene en nada a sus padres e madres e hijos, en comparación deste, e determinarán de morir; e carta que deverte subir aquí se han puesto todos en armas y quieren morir por sus dioses»<sup>19</sup>.

Ya no hay duda posible. Retroceder significa dar al traste con la misma empresa de conquista por lo que tienen de involución las palabras de los sacerdotes, y Cortés da el paso definitivo, propio de una personalidad colosal como era la suya al dirigirse a ellos, antes de pasar a la acción, en los siguientes términos: «mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada»<sup>20</sup>. Frase que de algún modo nos recuerda a la clásica de «*allea jacta est*».

Consecuente con sus palabras toma una barra de hierro y comienza a dar en los ídolos de piedra. Un testigo ocular, Andrés de Tapia, dice: «prometo por mi fe de gentilhomme, e juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo mas alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra diciendo: algo nos hemos de poner por Dios»<sup>21</sup>.

Caben pocas dudas sobre este juramento, sin duda Tapia vio que saltaba sobrenatural, elevándose hasta la altura de los ídolos, que ataban y dominaban la voluntad de los indios y que él tenía que destruir para liberarlos. Era, en efecto, sobrenatural y se elevaba más alto que sí mismo. Poco antes y en carta

<sup>18</sup> H. Cortés, *Segunda Carta de Relación*.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> Tapia, Andrés de, *Relación hecha sobre la conquista de México*.

dirigida al emperador, en uno de sus párrafos escribía: «considerando que Dios está sobre natura...». Así ahora, alzado hacia Dios por su fe, se elevaba sobrenatural.

El camino iniciado en Veracruz, hacia lo alto, a través de las montañas, venciendo impedimentos constantemente, finalizaba en este momento en la cúspide del Teocalli desde donde Huitchilopochtli ejercía su cruento y absoluto dominio. Fue el momento decisivo de la conquista. Cortés pudo haberse contentado con lo ya conseguido. Pudo intentar llegar a una situación de entendimiento ambivalente con aquel mundo todavía poderoso e intacto en sus estructuras fundamentales. Pudo, en definitiva, propender al más alto, exponiendo el menos. Pero su anhelo por alcanzar lo más alto, su generoso esfuerzo y su ambición personal prevalecen sobre cualquier otra consideración racional y lo consigue porque previamente, mucho antes, en su fuero interno su fe expansiva había vencido a su razón. No por ello cabe considerar este acto como una temeridad increíble, ya que Cortés en plena madurez física y perfectamente dotado mentalmente encarna la imagen de la cautela, de la prudencia y de la razón, por encima de la cual se sitúa.

Entraba así en una fase de conquista de máxima tensión operativa.

Al poco, unos indios le enseñaron unos manojos de maíz paupérrimo, achacando su aspecto y pobreza a la ofensa cometida por Cortés para con sus ídolos, los cuales les castigaban ahora privándoles del agua necesaria para el desarrollo de las mazorcas. Los oyó y les contestó sin vacilar que no se preocupasen por lo sembrado porque llovería pronto. Y a continuación pidió a sus soldados que rezasen. Al día siguiente, con un sol magnífico se ofició misa en el Teocalli, y al regresar con sus soldados al cuartel, cayó tal aguacero que tuvieron que atravesar el patio del Teocalli con agua hasta los tobillos ante los ojos de los indios asombrados»<sup>22</sup>.

Esto sorprendió pero no convenció a los indios, que estaban dispuestos a tomar las armas contra los españoles. En pocos días la situación de Cortés había variado totalmente. Hasta el momento en que destruye a los ídolos, Moctezuma le había aceptado, sumisamente, al creer que aquel ser encarnaba al legen-

---

<sup>22</sup> Tapia, vol. II, p. 586.

dario Quetzalcóatl, que de acuerdo con sus tradiciones habría regresado para imponer la paz y la justicia; pero ahora, Cortés se mostraba como algo distinto, al que había que extinguir.

Y por ello Moctezuma le comunica a Cortés: «¡Oh señor Malinche y señores capitanes, ¿cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teúles han dado a nuestros papas, a mí y a todos mis capitanes. Y es que os demos guerra, os matemos y os echemos a la mar. Me parece que antes que comience la guerra debéis salir de aquí. Y esto, señor Malinche, os digo que hagais porque os conviene; si no, mataros han, y mira que os va la vida»<sup>23</sup>.

Todo quedó superado con el empeño que tuvo, por un lado, para implantar la fe verdadera en el Nuevo Mundo y, por otro, el buen trato que dio y obligó a dar a los indios los cuales le correspondieron con su amor y respeto.

En todo momento su comportamiento fue ejemplar, dando el testimonio y la imagen necesarias para que la mentalidad del indio pudiera comprender y asumir la fe.

Llega a San Juan de Ulúa un grupo de doce frailes de misión encabezados por Martín de Valencia. Tras reponer fuerzas, a los pocos días, a pie y descalzos, continúan a México sin aceptar protección, ayudas o comodidades.

Enterado de su venida, Cortés «mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivían españoles, que por donde viniesen los barriesen caminos y adonde pasasen les hiciesen ranchos si fuese en el campo, y en poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, les saliesen a recibir y les repicasen las campanas»<sup>24</sup>.

Les da trato excepcional y público. Acentuando todo lo posible el respeto y la deferencia que se les debía.

Estos frailes; hombres sencillos, llegan en su caminar a Tlaxcala, y tomando un día para descansar; por conocer se dirigen al mercado. Allí causan extrañeza y a su vez sienten admiración por las gentes que les rodean, por la multitud de ánimas que se les ofrecen para cumplir su misión evangelizadora. «Alabaron a Dios con grandísimo gozo por ver la copiosísima mies que les ponía por delante...

---

<sup>23</sup> B. Díaz del Castillo, cap. 98.

<sup>24</sup> *Ibid.*, cap. 171.

Los indios andaban tras ellos, como los muchachos suelen seguir a los que causan novedad, y maravilláronse de verlos con tan desarrapado traje, tan diferente de la bizarría y gallardía que en los soldados españoles habían visto. Y decían unos a otros: ¿qué hombres son estos tan pobres? ¿qué manera de ropa es esta que traen? No son éstos como los otros cristianos de Castilla. Y menudeaba mucho un vocablo suyo diciendo: motolínía, motolínía. Fr. Toribio (de Benavente), con el deseo que traía de aprender la lengua de los indios, como les oyese tantas veces aquel vocablo preguntó a un español qué quería decir. Respondió el español: Padre, motolínía quiere decir pobre o pobres. Entonces dijo Fr. Toribio: «Este es el primer vocablo que sé en esta lengua, y porque no se me olvide éste será de aquí adelante mi nombre», y desde entonces dejó el nombre de Benavente y se llamó Motolínía<sup>25</sup>.

Desde luego, la consecuencia que los indios deducían como característica principal de aquéllos era su intrínseca pobreza, por contraposición con la que ofrecían el resto de los castellanos, gallardos y, en cierto modo, ostentosos de sus galas, las cuales lucían con frecuencia buscando un efecto psicológico entre los indios, por su vistosidad y exotismo.

Ya en las proximidades de la capital, Cortés acompañado de Cuauhtémoc y de sus séquitos respectivos sale a su encuentro. El momento es crucial. Generará una nueva mentalidad indígena, por impacto, distante y distinta, en la que otra realidad se les muestra como exponente clarificador para la comprensión de los contenidos dogmáticos de la fe propuesta por Cortés.

Dentro de una dicotomía aleccionadora se desarrollan los siguientes momentos: «Cortés se apeó del caballo, se arrodilló y besó los hábitos de Fr. Martín de Valencia. Imitándolo se arrodillaron también los demás españoles y besaron los hábitos de los padres. Cuauhtémoc y los principales mexicanos que con él estaban contemplaron atónitos aquella escena. No podrían entender por qué Cortés, a quien tenían por dios, se arrodillaba y besaba los andrajos que unos frailes descalzos, flacos y amarillos traían, ni entendían por qué cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba tenía siempre la gorra en la mano»<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, lib. III, cap. 12.

<sup>26</sup> Díaz del Castillo, cap. 171.

¿Qué supuso esta escena? ¿Cómo trascendió?

En síntesis, el vencedor por antonomasia, el que había sido capaz de enfrentarse los ídolos y su significado, apoyándose en su fe, ya que su fuerza impositiva no era en modo alguno resolutoria, se humillaba y se vencía a sí mismo ante los «molínias». Fue una lección básica y de máximo efecto.

Los indios hallaron protección en los religiosos ante los que Cortés se arrodilló. Los que habían visto transcurrir sus vidas rodeados por la opresión y la angustia de sus propios sectores dominantes encontraron en ellos un amparo y un cuidado inmediatos, respaldados en segundo término por el poder ejecutivo que Cortés y más allá la Corona supieron orientar a tal fin.

«Nunca la religión se ha presentado bajo un aspecto tan venerable e imponente. Sus ministros llenos del celo que animó a los apóstoles despreciando todo interés y consideración mundanas, tomaron a su cargo la defensa del oprimido contra el opresor, del débil contra el fuerte, del extranjero y desconocido contra sus propios paisanos, con quienes les ligaban todos los lazos de la sangre y las preocupaciones y afectos de nacionalidad, e interponiendo la Cruz de Jesucristo entre la espada del conquistador y el pecho del vencido, hicieron que los habitantes del Nuevo Continente viesan en los ministros de la religión que se les predicaba, sus defensores, su amparo, sus guías y sus maestros en todas las artes y elementos de la vida civil»<sup>27</sup>.

La fe, honda y viviente, no le impide adoptar posturas vitalistas en algunos casos impropias del momento histórico en que vive y del que se siente protagonista. Sabe diferenciar perfectamente lo que puede ser adecuado de tejas arriba de lo que lo es de tejas abajo.

De alguna manera se asemeja al déspota ilustrado que en el siglo XVIII hallaremos en Europa. Una y otra vez solicita del emperador que le envíe hombres de santa y buena vida para ponerlos al frente de la vida espiritual de México.

En la carta, que con fecha 13 de octubre de 1524 escribe, hay una referencia a este asunto. Dice que en un principio había solicitado que le enviasen obispos, pero que después tuvo que cambiar de parecer, y ahora pide únicamente frailes, y añade: «habiendo obispos y otros prelados, no dejarán de seguir

<sup>27</sup> Alamán, Lucas, Primera disertación.

la costumbre que, por nuestros pecados, hoy tienen en disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes, y aun sería otro mayor mal, que como los naturales de estas partes tenían en sus tiempos personas religiosas que entendían en sus ritos y ceremonias, y éstos eran tan recogidos, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera de esto a alguno se le sentía, era punido con pena de muerte, e si agora viesen las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos o otras dignidades, y supiesen que aquellos eran ministros de Dios, y los viesen usar de los vicios y profanidades que agora en nuestros tiempos en esos reinos usan, sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; y sería a tan gran daño, que no creo aprovecharía ninguna otra predicación que se les hiciese»<sup>28</sup>.

Evidentemente recela del hombre de Iglesia tradicional y renacentista cuya presencia pudiera resultar positiva en una comunidad convencional, dotada de los mecanismos psicológicos necesarios para poder discernir lo humano de lo divino y que a la manera de filtros permitiesen inmunizar de todo mal ejemplo, contagio e incluso desviaciones fideístas, a los creyentes. Pero no es este el caso de los indios, de mentes complicadas y sencillas a la vez, guiadas a través de lo simbólico, y en permanente traducción de sus antiguos valores de fe, camino de un sincretismo múltiple, y en el que la figura, posiblemente dudosa de un hipotético sacerdote, dibujaría esquemas erróneos y perniciosos que impedirían el arraigo de la fe, en condiciones aceptables al menos. El pidió hombres buenos y santos que con su ejemplo creen más hombres buenos y santos. Y nada más. Hombres que dentro de su sencillez, pero llenos de fe, le pudiesen ayudar a él, y en definitiva a los indios, a aclarar conceptos y a verificar imágenes. El mismo se pone a ello, sobre la persona de Moctezuma, tratando de convertirle, de llevarle a los evangelios con el diálogo y el ejemplo. Fracasó, ya que el primero resultaba bastante problemático, y con el segundo, no pudo separar las diferencias abismales que, sobre todo en algunos casos concretos, los separaban. Intentó evitar que sus hombres, Bernal Díaz, López de Gómara, Cervantes de Salazar y otros, diesen a los ídolos capacidad de ejercer el mal sobre ellos. Y esto

---

<sup>28</sup> H. Cortés, *Segunda Carta de Relación*.

era así, ya que aquellos cristianos sencillos traducían a Huichilobos, Tetzcatlipoca y demás monstruos, por la representación del diablo, ente mitológico, fruto de la creación más activa e ingeniosa, inteligente, ubicua e imaginativa del mundo de los conceptos humano-religiosos.

El 2 de diciembre de 1547, en Castillejo de la Cuesta, lugar próximo a Sevilla, Cortés se aparta definitivamente de todo esfuerzo terrenal.

Y aunque durante muchos años se le ha tenido por un fracasado, condición que se le otorga gratuita e intencionadamente, en base a que la nación que él trazó no ha cuajado todavía en una sola realidad, en la que su ser y su destino se entiendan con nitidez, y en la que no haya lugar posible para el enfrentamiento de sangres, es hora de discernir cuál fue realmente la obra de Cortés y qué elementos extraños se entremezclan hasta distorsionarla de tal modo que pueda aparecer como algo abominable para algunos.

Habría que enseñar que la conquista de México por Cortés fue, primero, una empresa libertadora, que él encabeza y que los indios, mayoritariamente, ejecutan; segundo, que de todas las conquistas habidas es la que reúne menor número de actos de crueldad inútil; tercero, que llevó a término una obligación lógica y natural de destruir el poder azteca, sanguinario ejecutor de veinte mil personas al año, en un genocidio en el que no se excluían ni a ancianos ni a niños; cuarto, que libertó a los esclavos elevándoles a la condición de personas; quinto, que en vez de exterminar a los indios, secuencia no desconocida para otros grupos de penetración en áreas libres, o presuntamente libres, dio a seis millones de indios formas de autoridad, cuyas jerarquías recaían en ellos mismos, libertad civil conforme a derecho, capacidad jurídica más o menos restringida, según los casos, para tener tierras, propiedades e industrias, abundantes villas, pueblos, aldeas donde poder vivir tranquilos desarrollando su ser al amparo de leyes sabias y humanas; sexto, que Cortés es de todos los mexicanos y no sólo de unos pocos; séptimo, que engrandeció el territorio nacional ganando tierras que otros perdieron después; octavo, que...

Tres años antes de su muerte escribe al emperador: «Esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravillosa...» Era perfectamente consciente de haber sido un instrumento de

la Providencia Divina. Igualmente reconoce la parte de error que él aportó en la conquista y en la implantación de la fe. «De la parte que a Dios cupo en mis trabajos y vigiliass asaz estoy pagado, porque seyendo la obra suya, quiso tomarme por medio, y que las gentes me atribuyesen alguna parte, aunque quien conociera de mí lo que yo, verá claro que no sin causa la Divina Providencia quiso que una obra tan grande se acabase por el más flaco e inútil medio que se pudo hallar, porque sólo a Dios fuese atributo»<sup>29</sup>.

Por estas palabras se reconocía indigno ante la obra realizada y ante Dios. Contemplaba su debilidad humana frente a la grandeza de Dios, y realmente poco más hace falta para considerarle como el hombre más importante que en su siglo tuvo España, padre y autor de la nacionalidad mexicana.

---

<sup>29</sup> Carta a Carlos V, 3-II-1544.